

LAS DESVENTURAS DEL JOVEN DE LOOF



La escena de la película de Mitlag donde De Loof dibuja su monograma en la pared, inspirado en el signo \$.

Sergio de Loof quema hojas y ramas secas en el patio de su casa. El lugar podría inaugurar un estilo en paisajismo: el jardín-basurero. Un páramo donde un banano exuberante y algunos helechos en maceta ofician casi como únicos recuerdos de vegetación. Y, sin embargo, uno encuentra que debajo de esa floricultura despojada hay una profunda armonía de diseño que ninguna flor de estación o parterre podría mejorar. Evoca esa combinación tan efectiva que De Loof ha denominado trash rococó, una contraconquista de las minorías: la glamorización de la pobreza, que señala paradójicamente, la pobreza del glamour. Mientras el fuego arde a sus espaldas, De Loof vierte kerosene dentro de una botella. El líquido se torna rojo sanguinolento. Una cámara lo registra. Parece un proceso chamánico de purificación y transformación de energía. Es una de las escenas de Una historia del trash rococó, un exquisito documental de Miguel Mitlag filmado entre 1998 y 1999 y que ahora, finalmente, ha sido terminado.

El documental es una simbiosis maravillosa de mentes: la de De Loof, enardecida y profusa, y la de Mitlag, penetrante y precisa. Una observa a la otra y se detiene sobre imágenes y momentos con timing de golfista. Los ojos de Mitlag miran la habitación como un tiburón buscando su presa, y los detalles son para él ectoplasma y luminiscencia. La combinación da una de las historias más redondas sobre el arte argentino que se hayan realizado. Trata sobre la vida de un artista y sobre el talento pero también sobre las dificultades de producir arte en un país periférico y sobre cómo esa misma dificultad termina ineludiblemente delineando una política.

Las historias sobre artistas llevadas a la pantalla suelen ser desastrosas: plagadas de lecturas de la obra en clave biográfica y variaciones sobre la lucha del hombre contra el lienzo. Pero aquí la cámara se interesa por la creación más que por la intimidad de la persona y el director encuentra

un ángulo desde dónde mirar al artista. El foco son los procesos de producción y la clave es el dinero.

Es el tema recurrente. Vacaciones trucas por cuentas que pagar, bares que se funden, cheques que no se cobran. Su relación con el dinero vicia su vida y, a la vez, es su motor. “Es la columna vertebral de mi pensamiento. Es de lo que hay que huir y a lo que hay que llegar. Me agobia. No puedo creer cómo tengo tanto adentro y tan pocas posibilidades de sacarlo”, dice. También es el dinero lo que indica que Sergio De Loof es a Buenos Aires lo que Warhol fue a Nueva York. Ambos lograron reunir bajo un mismo techo la tilinguería del fashion, la frivolidad de la publicidad y la densidad del under (y a la vez, cautivar a esa especie inconformista que es el intelectual snob). Ambos hicieron de ese rejunte y de la noche una fiesta en loop y una performance generadora de estilos. Ambos pusieron la berreta sobre un pedestal de mármol y, al hacerlo, rediseñaron la escenografía urbana. Y ambos se desvelaron por el dinero, sólo que Warhol logró encauzar su ansiedad en empresas redituables y De Loof, aun en sus emprendimientos más exitosos –bares, restaurantes, discos–, dejó escapar las monedas por sus bolsillos agujereados. Como si no lograra organizarse o como si en el fondo no lo quisiera del todo.

Puede que sea el grano de la película o la falta de iluminación pero la historia parece haber sido rodada durante días nublados. Lo que les termina dando a las escenas una sensación de baja temperatura: como si el ambiente estuviera destemplado o transcurriera todo en una atmósfera encapsulada. Mitlag logra capturar la vitalidad del artista con planos sencillos pero elegantemente extraños que recuerdan aquella fotografía de su autoría llamada Monumento marrón donde un living se volvía un espacio enrarecido. Las fotos de Mitlag, con sus ambientaciones austeras y preciosistas, llevan directo a De Loof, y lo brillante es que es una relación que poco antes hubiese parecido insospechada.

En cierto momento el documental registra el detrás de escena de la obra Skandal! Moda de cámara. Una superproducción en el Instituto Goethe que termina –fiel a la tradición deloofiana– deliciosamente atada con alambres. El paralelo que traza Mitlag entre el espíritu romántico de De Loof y las desventuras del joven Werther es un hallazgo de la narración.

Una historia del trash rococó parece también la vida de un moderno Leonardo da Vinci: un ser endemoniadamente talentoso, que leyó el tejido de su sociedad como nadie, lleno de proyectos heterogéneos y grandilocuentes, algunos exitosos y muchos otros no. Príncipe y mendigo, De Loof es uno de los artistas más honestos y menos especuladores –aun en sus instantes de máxima especulación– y eso parecería minarle la carrera. Aunque, por supuesto, la idea de una carrera en el arte debe provocarle risas.

Es verdad que De Loof tiene proyectos fallidos que a veces parecen la revista Vogue con un especial sobre Bolivia. Pero también hay otros donde el artista ve la matriz porteña –sus clases, sus vicios, sus gustos y debilidades– y con su aspecto de Rasputín, un místico entre los zares, logra combinar todo en una visión original. La creatividad extendida de De Loof materializada ya sea en un plato de comida barato o en una muestra de objetos viejos guardados en un cajón, es siempre sobre un estado de entropía. La entropía no sólo como un fenómeno físico sino también como una continua expansión del espíritu. Son esos momentos de frivolidad–profunda los que suceden cuando “la nave” (como llama una amiga suya a toda su producción: un lugar que no está concretamente en ningún lado sino que sobrevuela Buenos Aires) desciende por un rato para fundar un espacio. Entonces la Tierra se ilumina. Y es ahí, en el fulgor de una bola de espejos de una disco, donde se vislumbra el Big Bang del que surgió el artista.

*María Gainza
Suplemento Radar, Página 12.
12 abril 2009*

THE SORROWS OF YOUNG DE LOOF



A scene in Mitlag's film where De Loof, inspired by the dollar sign, draws his insignia on the wall

Sergio de Loof is burning leaves and dry twigs in the yard of his house. The place could be the inauguration of a new landscape style: garden- dump. A wasteland where an exuberant banana tree and some ferns in pots act as almost the only memories of vegetation. Yet one nevertheless finds that under this spartan floral display lies a profound harmony of design that no seasonal bloom or flower bed could improve. It evokes that effective combination that De Loof has coined Rococo Trash, a countercoup of the minorities: the glamorization of poverty that paradoxically highlights the poverty of glamour.

Meanwhile, with the fire burning behind him, De Loof pours kerosene into a bottle. The liquid turns a blood red. A camera films it. It looks like a shamanic process of purification and transformation of energy. This is a scene from *A Story of Trash Rococo*, an exquisite documentary by Miguel Mitlag, filmed between 1998 and 1999 and which he has now finally completed.

The documentary is a wonderful symbiosis of minds: De Loof, burning and profuse, and Mitlag's, penetrating and precise. One observes the other and the action pauses on images and moments with the timing of a golfer. Mitlag's eyes search the room like a shark after its prey, finding luminescent, ethereal details. The combination has produced one of the most complete accounts of Argentine art ever realised.

It's about the life of an artist and his talent but also comments on the difficulties of producing art in a peripheral country and how this very obstacle inevitably ends up forming a system of thought.

Stories about artists brought to the screen are usually disastrous: plagued with lectures on the work in a biographical tone and variations on the theme of 'man versus the canvas'. But here, the camera is interested in creativity rather than the intimate nature of the person and the director finds

an angle from which to observe the artist. The focus is on the processes of production and money is the key.

This is the recurring theme. Holidays cut short because of unpaid bills, bar ventures that go under, uncashed cheques. His relationship with money taints his life but, at the same time, drives him. "It's the backbone of my thinking. It's both what I have to run away from and my destination. It exhausts me. I can't believe I have so much inside and such little chance of getting it out", he says.

Money is also what shows how Sergio De Loof is to Buenos Aires what Warhol was to New York. Both managed to unite under one roof the foolishness of fashion, the frivolity of advertising and the heaviness of the underground (at the same time capturing that non-conformist animal, the intellectual snob).

They both turned this combination and the night itself into a constant party, creating styles through their performance. They both put cheapness on a marble pedestal, at the same time redesigning their urban scenery. And both were defined by money, only that Warhol managed to channel his anxieties into bankable enterprises and De Loof, even in his most successful ventures –bars, restaurants, discotheques- allowed the coins to slip out of the holes of his pockets. It's as if he couldn't really organise himself or as if, in the end, he never really wanted it.

It may be due to the grain of the film or the lack of lighting, but the documentary seems to have been filmed on cloudy days. This results in a drop of temperature in the scenes: as if the the room were a little cold or it was all happening in a controlled atmosphere. Mitlag manages to capture the artist's vitality with simple but elegantly strange shots that bring to mind his own photographic work in Brown Monument, where a living room is transformed into a rarified space. Mitlag's photos, with their austere arrangements of the perfectionist, bring us straight to De Loof and the brilliance of a relationship that would have previously seemed unlikely.

At one point, the documentary goes behind the scenes of Scandal! Chamber fashion. This is a large production in the Goethe Institute in Buenos Aires which finishes –faithful to the De Loof tradition- being delightfully completed with very few resources. The parallel outlined by Mitlag between De Loof's romantic spirit and the Sorrows of Young Werther is a stroke of narrative brilliance.

A Story of Trash Rococo also seems like a portrait of a modern Leonardo da Vinci: a devilishly talented person who could read the pattern of his society like nobody else, full of varied and grandiloquent projects, some of which successful and many others not. Prince and pauper, De Loof is one of the most honest yet unspectacular artists – even in his greatest moments of experimentation – and this seems to have undermined his career. Of course, the idea of a 'career' in art would probably make him laugh.

It is true that De Loof has some failed projects that look like a Vogue magazine special on Bolivia. But there are also others where the artist perceives the fabric of Buenos Aires –its classes, vices, its tastes and weaknesses- and looking like Rasputin, a mystic among Tsars, he manages to fuse it all into an original vision.

Whether De Loof's extensive creativity is manifested in a plate of cheap food or in an exhibition of old objects stored in a box, it is always in a state of random disorder. This entropy is present not only as a physical phenomenon but also as a continuous expansion of the spirit. These are the moments of 'deep frivolity' that occur when "the space-ship" (as a friend of his calls his body of work: a location that has no fixed place but that hovers over Buenos Aires) lands for a while to create a physical space.

And the Earth becomes illuminated. It is there, in the gleam of a disco ball, where we catch a glimpse of the Big Bang that has produced the artist.

María Gainza

Radar, Pagina 12 newspaper, Buenos Aires, Argentina.

Sunday, april 12th, 2009.